

LOS CUENTOS DEL FINAL

PERSONAJES

AGUSTÍN

LEONOR

PILAR

CHELA

RULO

LILA

(Un rincón de una inmensa casa. Los muebles parecen algo amontonados, como si hubieran sido trasladados de un lugar más amplio. Hay profusión de mesitas y algunos muebles están enfundados. La utilería no se encuentra dentro de un espacio cerrado, sino que está caprichosamente dispuesta delante de un antiguo vitraux).

(En proscenio, en el lateral derecho, una cama turca y un cajón de fruta que es usado como mesita de luz. Las luces se encienden gradualmente sobre ambos espacios escénicos. El rincón está sólo poblado por muebles. En la otra zona, la Chela se mueve inquieta en la cama, estira un brazo hacia el cajón y bebe unos sorbos de vino de un vaso; luego manotea una radio portátil y se escucha una música de ritmo tropical. El volumen de la música baja apenas entran la señora Pilar y Leonor en la zona del rincón. La señora Pilar camina lentamente, apoyada en un brazo de Leonor. Viste ropas pasadas de moda, que contrastan con el elegante y sobrio vestido de Leonor. Sin embargo, una imponente dignidad emana de su figura pequeña y de su rostro aguileño).

PILAR – Aquí. Aquí nomás, querida.

(Leonor fija su mirada en el sillón hamaca).

LEONOR – ¿Aquí?

PILAR – *(Mientras se sienta en mullido sillón).* Sí, estoy harta de mi sillón.

LEONOR – Cuando te siento en otro lado protestas.

PILAR – *(Con una sonrisa).* Hoy no. No tengo ganas de protestar.

LEONOR – ¡Qué milagro!

PILAR – Estoy harta de mi sillón. ¡Harta! *(A Leonor, con cierta ironía).* ¿Nunca te aburrirte de nada, querida Leo?

(Leonor no contesta. Se aleja de su lado y va hacia foro).

PILAR – *(Sin volverse, registrando sus movimientos).* No mires para afuera. No hay nada que ver en el jardín.

(Leonor regresa. Se deja caer junto a ella).

PILAR – ¿Esperás a Agustín? *(Un silencio).* Nunca llega a la hora debida. Hace años que no aparece a la hora del té.

LEONOR – *(Con cierta burla).* ¿Por qué tenés miedo de mirar por la ventana?

PILAR – Hablábamos de Agustín.

LEONOR – Hay mucho para ver, Pilar.

PILAR – A veces tampoco viene a cenar.

LEONOR – ¿Nunca mirás?

PILAR – ¿Y si un día no viene a dormir?

LEONOR – Aunque no mires, eso existe.

PILAR – Se está poniendo vicioso, Leo. Creo que a veces viene borracho.

LEONOR – De ahí. De afuera.

PILAR – Por salir, está cada día peor.

LEONOR – Siempre fue así.

PILAR – Y vos, Leo, ¿cómo sos, con los ojos clavados siempre afuera?

(Una pausa. Se miran. Leonor toma un cigarrillo. Pilar, en un gesto mudo, extiende la mano. Leonor le da un cigarrillo y luego fuego).

LEONOR – ¿Vamos a pelear tan temprano?

PILAR – *(Con una risita)*. Es un buen ejercicio.

LEONOR – Mejor es correr de sala en sala escapando a los derrumbes.

PILAR – Es la humedad que pudre los techos. Pero apenas llegue el verano, con un par de albañiles...

LEONOR – Para el verano ¡quién sabe si queda algún rinconcito!

PILAR – Alguien tiene que ocuparse...

LEONOR – ¿Agustín?

PILAR – Vos.

LEONOR – ¿Yo? ¿Por qué?

PILAR – Porque de tanto mirarlos sabés tratar a los de afuera.

LEONOR – Hay cosas que no se aprenden mirando.

PILAR – Vos sabés que Agustín no puede entenderse con esa gente.

LEONOR – *(Mientras va hacia foro)*. ¿No puede hacer un intento una vez?

PILAR – ¿Para qué? Le toman el pelo y lo estafan.

LEONOR – *(Burlona)*. Sos bastante cruel con tu nene.

PILAR – Con los demás, Leo.

LEONOR – *(Reprime cierta burla)*. Es cierto, con los demás.

PILAR – Quisiera un té. Tengo la boca seca.

LEONOR – *(Burlona)*. Faltan diez minutos para las cinco.

PILAR – ¡Qué importa! Antes era toda una ceremonia el *five o'clock tea*. Pero ahora... *(Transición)*.
¿No escuchás una música?

LEONOR – *(Escucha, atenta)*. Lejos..., creo que...

PILAR – Una música. Estoy segura que oí una música.

LEONOR – Ahora no se escucha nada.

PILAR – *(Con una risita)*. No era Mozart, Leo. ¿Por qué no averiguás dónde anda la Chela?

LEONOR – ¿Venía del garaje?

PILAR – ¿Qué decís?

LEONOR – Si la música venía del...

PILAR – Debería estar preparando el té, y no en el garaje con la oreja en la radio.

LEONOR – Debe estar todo pronto. *(Da unos pasos entre las mesitas, buscando algo)*.

PILAR – ¡Zorra!

LEONOR – ¡Pero si aquí está la bandeja!

PILAR – *(Muy bajo)*. Algunas noches escucho ruidos...

LEONOR – *(Viene con una bandeja de plata donde está instalada una tetera y dos tazas de porcelana con florcitas).* ¿Ves? A veces somos injustas con ella.

PILAR – ¿Nunca oíste ruidos?

LEONOR – Espero que no esté frío.

PILAR – Ruidos... y risas, de noche. ¿Nunca oíste, Leo?

LEONOR – *(Mientras sirve).* No, nunca oí nada. ¿Sin azúcar, como siempre?

PILAR – No. Hoy ponele una cucharadita.

(Las luces decrecen en esa zona y se encienden sobre la Chela, en proscenio. La música tropical crece. Chela se revuelve en la cama. Al fin se pone de pie y empieza a mover el cuerpo al ritmo de la música. Entra Lila con un pollo muerto colgando de una de sus manos).

LILA – Che, ¿qué hacés?

CHELA – ¿Eh?

LILA – No te asustes que soy yo.

CHELA – Bailaba.

LILA – Ya vi.

CHELA – Al Rulo le gusta que baile. Dice que yo bailando soy un tiro.

LILA – ¡Calentón! *(Deja caer el pollo sobre la cama).*

CHELA – *(Con gritito).* ¿Y eso?

LILA – Para festejar, che.

CHELA – ¿Pasaste por la cocina?

LILA – ¿*Tas* loca? ¡Yo no entro ni en broma a la casa!

CHELA – Y si entraras, no ibas a encontrar pollo. *(Toma el pollo de la cama. Se lo arroja a la Lila, que lo atrapa en el aire).* Servís para arquero vos.

LILA – Y eso que estoy desentrenada.

CHELA – Y eso que el hijo del viejo Ruiz se mete sus buenos goles.

LILA – ¡No jodas!

CHELA – ¿Cómo se porta en la casa, che? ¿Lo viste alguna vez en calzoncillos?

LILA – ¡*Tas* loca!... Usa *slips*. Tiene de todos los colores: violeta, amarillo, azul..., ¡qué sé yo!

CHELA – ¿Y nunca hiciste nada con él?

LILA – No empieces.

CHELA – ¿Hiciste o no hiciste?

LILA – Ni me mira.

CHELA – ¿Es marica?

LILA – ¡*Tas* loca!...

CHELA – ¿Cómo sabés?

LILA – Lo vi con la Cecilia, esa pituca sin tetas que lo tiene loco.

CHELA – ¿Los viste?

LILA – Haciendo todo, en su cuarto, como si nada. Los viejos, abajo, tomando café y charlando pavadadas. Y ellos, arriba, aprovechando.

CHELA – *(Con una carcajada)*. Modernos, ¿eh?

LILA – Vos sí estás en una casa decente.

CHELA – *(Con una risita)*. Muy decente.

LILA – Eso sí, un poco machetes. Te matan de hambre los locos.

CHELA – Qué importa. Aquí está la Lila con su pollito.

LILA – *(Risita)*. Lo cacé ahí afuera.

CHELA – ¿Ahí?, ¿en la selva?

LILA – Un milagro, che. Venía para acá y, de pronto, se cruzó el pobrecito.

CHELA – ¿Corría o se arrastraba? *(Inspeccionando el pollo)*. ¿No habrá muerto de muerte natural, che?

LILA – Boba, si yo misma le estiré el cogote...

CHELA – Si lo ve doña Pilar... ¡En su jardín! ¿No habrá puesto huevos por ahí?

LILA – Es pollo, Chela.

CHELA – Entonces, otra cosa habrá puesto a sus gallinitas.

LILA – Hice todo en un santiamén. Apenas lo vi me le tiré encima. Cuando entré en la casa ya no chillaba más.

CHELA – Lo hacemos a las brasas.

LILA – ¿En el parrillero?

CHELA – ¡Vos soñás! ¿O le llamás parrillero a un montón de ladrillos tapados por yuyos?

LILA – ¿Entonces?

CHELA – El Rulo me trajo un brasero. Lo hacemos afuera, en cualquier lugar.

LILA – A mí me da miedo afuera. De noche vi hombres.

CHELA – Vienen a revolver la basura, pero no hacen nada.

LILA – Me contaron que entraron en una casa y mataron a todos. Hasta a la empleada. Por asaltar la heladera, nomás.

CHELA – Te lo contó tu patrona, ¿no?

LILA – Sí.

CHELA – Y te dijo: “No les des corte, Lilita, porque contagian los piojos a las muchachas limpietas como vos.”

LILA – Más o menos, dijo que...

CHELA – *(La interrumpe)*. No le hagas caso. Nos vamos afuera y hacemos el pollito. Si cae el Rulo lo convidamos.

LILA – Bueno, apurate. Porque yo a las nueve rajo.

CHELA – *(Con una risita)*. Boba. Si se acercan les tiramos los huesos. Eso los para.

LILA – ¿Los huesos?

CHELA – *(Riendo)*. ¡Y que se chupen los dedos!

(La luz decrece y se enciende en el rincón de “estar”. Pilar le tiende su taza a Leonor; esta la toma y la coloca sobre la mesita).

LEONOR – ¿No querés más?

PILAR – No.

LEONOR – ¿Te pasa algo?

PILAR – Otra vez el dolor.

LEONOR – Es de estar quieta. Caminá un poco y vas a ver cómo se te pasa.

PILAR – Se deben estar pudriendo... mis piernas. A veces, me las miro y me asombro. Por el color, ¿sabés? Ya no puedo usar medias transparentes.

LEONOR – ¿Con quién querés coquetear?

PILAR – Con el Rulo. ¿Qué te parece la idea?

LEONOR – *(Neutra)*. Buena. Muy buena.

PILAR – Sabía que vos la aprobarías.

(Se lleva las manos a las piernas. Acusa cierto dolor en el rostro).

LEONOR – ¿Querés las pastillas?

PILAR – No.

LEONOR – Preferís aguantar entonces.

PILAR – No hay pastillas que paren esto. Conozco el proceso, querida. Mamá murió así. Empezó con las piernas... y, después, la enfermedad fue subiendo hasta que llegó a la cabeza.

LEONOR – ¡Sos caprichosa!

PILAR – Las puntadas pasan. ¿Pero quién tiene la varita mágica para cambiar esto?

LEONOR – ¡Tomá algo! Agustín va a preocuparse si te ve así.

PILAR – Bueno, mejor. Estoy aquí y existo. Que sepa que mamita necesita atención especial de vez en cuando.

LEONOR – *(Burlona)*. ¿Te parece que no se lo hiciste saber a lo largo de estos años?

PILAR – Muy poco.

LEONOR – No tenés memoria, Pilar.

PILAR – Por suerte.

LEONOR – Te olvidás de lo que te conviene.

PILAR – Y a vos te conviene mi falta de memoria.

LEONOR – ¿Por qué?

PILAR – No me hagas hablar, Leo.

LEONOR – *(Burlona)*. ¿Estás amenazándome, Pilar?

PILAR – Me aburro. Me gusta jugar, Leo.

LEONOR – Estoy cansada de jugar, Pilar.

PILAR – Vamos a jugar a quién recuerda más cosas. ¿Eh? Sé buenita, Leo.

LEONOR – ¿Qué cosas?

PILAR – Cosas lindas, nada más.

LEONOR – Vas a ganarme. No tengo cosas lindas para recordar.

PILAR – Yo sí. El día de mi comunión, toda de blanco, o el día de mi casamiento con Agustín. Parece que los dos se me confunden.

LEONOR – *(Con cierta burla)*. Yo también me casé con Agustín...

PILAR – *(Con una sonrisa)*. Agustín II o Chicho. Todos lo llaman así.

LEONOR –... pero no es un lindo recuerdo.

PILAR – ¿Por qué? La iglesia estaba repleta y Chicho era un artista de cine. Y hasta vos parecías una virgen.

LEONOR – *(Con una risita)*. Con aquel absurdo vestido blanco, y los tules..., representando la farsa que vos querías.

PILAR – No protestes, Leo. Ya pasó. Todos querían que Chicho se casara por Iglesia.

LEONOR – ¿Todos? ¿Quiénes?

PILAR – Nuestra familia, querida. ¿Qué podía pedir la tuya?

LEONOR – Nada; estaban muertos.

PILAR – ¡Ya empezás a dejar colar recuerdos feos!

LEONOR – ¿Qué puedo hacer, Pilar?

PILAR – Poner ese vestido entre los recuerdos lindos, porque es lo único blanco de tu vida, querida.

(Una pausa. Se miran).

LEONOR – *(Con súbita crueldad)*. Creo que los gusanos van a comérselo.

PILAR – *(Con cierto sobresalto)*. ¿Qué decís?

LEONOR – Los gusanos... A ellos les gusta la seda.

PILAR – *(Temblorosa)*. ¡No los nombres!

LEONOR – Los gusanos también comen seda. Voy a darles mi vestido.

PILAR – ¡Basta! ¡Querés asustarme!

LEONOR – *(Dura)*. Estoy cansada de jugar contigo.

PILAR – Lo hacés a propósito. Voy a contarle a Agustín.

LEONOR – Bueno, ahí viene. Contale todo. Si le contás, yo le digo lo que vos pensás de él.

(Entra Agustín con un portafolios. Viste traje gris espigado).

AGUSTÍN – ¡Hola!

(Se acerca a Leonor; le da un beso rutinario en la frente. Va a besar a Pilar pero se detiene).

AGUSTÍN – *(A Leonor)*. ¿Qué le pasa a mamá?

LEONOR – Las piernas..., otra vez.

AGUSTÍN – *(Con un beso rutinario a su madre)*. Le dije al Dr. Cánepa que no adelantabas nada con los nuevos medicamentos.

LEONOR – ¿Lo viste?

AGUSTÍN – Fue al estudio. Se divorcia.

LEONOR – ¿Cánepa?

AGUSTÍN – Sí Cánepa. Y además me presentó a su amiguita. Creo que piensa casarse con ella.

LEONOR – *(Irónica)*. ¡Qué revolución!

AGUSTÍN – ¿Qué opinás, mamá? ¿Te parece una revolución?

LEONOR – Una bobada..., si es que piensa casarse de nuevo.

AGUSTÍN – (*La mira*). Estás mejor, ¿eh?

PILAR – No.

AGUSTÍN – Hablaste, ¿no?

PILAR – Era mi turno.

AGUSTÍN – (*Divertido*). ¿Ah, sí?

PILAR – ¡Claro! Hablo cuando me lo permiten, porque parece que siempre estoy diciendo inconveniencias.

AGUSTÍN – No digas eso.

PILAR – No creo que Leo opine lo mismo.

AGUSTÍN – (*Se vuelve algo divertido a Leo*). ¿Hubo pelea?

LEONOR – Tendrías que estar aquí. No sabés que mal se porta. Recién quiso comprarme, como un gángster.

AGUSTÍN – ¿Hiciste eso, mamá? (*Con una risita*). Pobre Leo. Estoy seguro de que le ofreciste vintenes, por tacaña. Así no vas a dar con su precio nunca.

LEONOR – (*Irónica*). ¿Conocés mi precio, Agustín?

AGUSTÍN – (*Irónico*). Claro, después de más de quince años de casados...

LEONOR – Está por encima de la cotización del dólar. ¿Sabías?

AGUSTÍN – ¿Tan arriba te fuiste?

LEONOR – Antes no podía subir, porque tenía ciertas raíces.

AGUSTÍN – Y ahora sos una planta aérea.

LEONOR – Ya no soy una planta, Agustín. Creí que los sabías.

AGUSTÍN – ¿Qué sos? ¿Un dólar empujado por el viento?

LEONOR – Más o menos.

AGUSTÍN – ¡Qué bien! Lástima que elegiste un mal momento.

LEONOR – ¿Te parece?

AGUSTÍN – Ni mamá ni yo vamos a acompañarte en el vuelo.

LEONOR – Pilar tiene las piernas enfermas. ¿Y vos...?

AGUSTÍN – No tengo ganas.

LEONOR – ¿Te convencieron los argumentos de Cánepa?

AGUSTÍN – Eran muy buenos, pero estoy fuera de concurso.

LEONOR – (*Con una sonrisa*). ¿Desde cuándo?

AGUSTÍN – Un hombre casado está fuera de concurso..., sobre todo a mi edad.

LEONOR – (*Burlona*). No estás haciendo declaraciones para una revista, Agustín.

AGUSTÍN – (*Suspira*). Ya no soy el soltero más codiciado que quiere casarse con la muchacha más admirada.

LEONOR – ¿Estamos tan viejos?

AGUSTÍN – No somos dos pichones, Leo. Es difícil volar.

LEONOR – *(Bruscamente, con amargura)*. Hace años que renunciaste a las alas.

AGUSTÍN – ¿No podés hacer metáforas en otro momento?

PILAR – *(Con una risita)*. Leo es culta. Leo lee. *(Silabeando)*. Leo lee más que Lalo.

LEONOR – No tiene dolores, parece. Llegás vos y ella se cura.

PILAR – Leo lee más que Lalo. *(Con una risita)*. ¡Qué época! Mi precioso uniforme y mis libros llenos de láminas de colores; y papá, que me iba a buscar a la escuela en su coche.

AGUSTÍN – Así me gusta, que te acuerdes de las cosas lindas.

(Agustín se quita el saco. Busca algo. Leonor le observa, luego va hacia una mesita y toma un diario; se lo alcanza).

LEONOR – Aquí está tu diario.

(Agustín se acomoda en un sofá. Abre el diario).

PILAR – *(A Agustín)*. Leo lee para no hablarme. ¿Sabías?

LEONOR – *(A Agustín)*. ¿Vas a leer, como siempre?

AGUSTÍN – ¿No me diste el diario?

LEONOR – ¿Das por terminada la conversación?

AGUSTÍN – *(Irritado)*. Vos me alcanzaste el diario.

LEONOR – *(Reprimiendo su furia)*. ¿Para qué querés el diario?

AGUSTÍN – Cada vez entiendo menos.

PILAR – Leo lee para no hablarme. Lee toda la tarde. Por favor, Agustín, sé buenito. Leé las noticias importantes en voz alta, así no me aburro.

LEONOR – ¿Cómo están los ojos de Chicho, el soltero más codiciado?

PILAR – *(Impaciente)*. ¿Vas a leer o no, querido?

AGUSTÍN – ¿Qué querés que te lea, mamá? En el mundo están pasando cosas horribles. Vas a deprimirte.

(Leonor da unos pasos. Le arrebató el diario).

LEONOR – Dame. Yo voy a leerles como una nena buena. Escuchen. Voy a empezar por donde saben. Escuchen: “Pilar Oliver de Sartori (Pilarcita) y el Dr. Agustín Sartori Oliver (Chicho) fallecieron en la paz del señor, confortados con los santos sacramentos y la bendición papal. Su hija política y esposa, Leonor Regueira de Sartori, participa con profunda alegría a sus amistades ambos decesos.”

AGUSTÍN – Por favor, Leonor. Vas a asustar a mamá.

LEONOR – ¿Acaso no empiezan siempre con los avisos fúnebres? Y cada día, un nombre conocido, un amigo, un pariente. *(Con una risita)*. El nombre de ustedes está en letras molde, esperando la orden para ser impreso. *(Señala a Pilar)*. Mañana puede despertarse, abrir el diario y toparse con su propio nombre.

AGUSTÍN – ¡Basta, Leonor!

LEONOR – Querido Agustín, después de tu lección, no me parece justo esconder la realidad.

AGUSTÍN – No seas cruel.

LEONOR – Escuchá, Pilar: No es tan feo. Podés abrir el diario y descubrir que ya no estás acá. Estás leyéndolo en otro lugar, acostada sobre la madera, pero vas a sentirte cómoda como si estuvieras sobre un colchón de goma.

PILAR – *(Mira a Agustín y dice desafiante a Leonor)*. No tengo miedo.

LEONOR – Los muertos queridos, los amigos queridos que se van. Todo es una misma cosa. ¿No te parece, Agustín?

AGUSTÍN – *(Después de una pausa)*. Sí.

LEONOR – Se van, de una manera y de otra..., y nosotros nos quedamos.

(Las luces bajan gradualmente hasta la oscuridad y se encienden en la zona poblada por el Rulo, Chela y Lila).

RULO – *(Con una carcajada)*. ¡Y aquí estamos! ¡Como reyes!

CHELA – ¡Sin corona!

LILA – ¡Desfachatado!

RULO – Tomando buen vino..., y en vasos tallados. A todo lujo, che.

CHELA – No vayan a romper alguno, que tengo que ponerlos sanitos en su lugar.

RULO – ¡Quién sabe si los tienen contados!

LILA – Por lo general tienen mala memoria. Yo le saqué unas sábanas a mi patrona y nunca se dio cuenta.

RULO – Y la Chela me pasó un buzo..., y aquí está, calentándome a mí, sin ningún problema.

CHELA – ¿Qué problema? Agustín ya no lo usaba.

RULO – Che, confianzuda. ¿Qué es eso de hablar así del viejo?

(Risitas de todos. Beben).

CHELA – No empieces con tus celos, pavote.

RULO – Es que yo los conozco a éstos. Mucha pinta de señores, cuellos y corbata, pero les gusta manosear a las sirvientas.

CHELA – *Tas loco, Rulo*. Vos no sabés cómo es el Sr. Agustín.

RULO – ¡Zás! ¡Le entró el respeto a ésta! Sospechoso, ¿no?

LILA – Dale, no jodas. Hacé el pollito y dejala tranquila.

RULO – Dicen que era un don Juan de joven.

CHELA – *(Con una risita)*. Pero se le agotaron las pilas.

RULO – ¿De veras? ¡Las mujeres se enteran de cada cosa...!

LILA – ¿Tenés con qué prender el brasero?

CHELA – *(Con una risita)*. ¡Está celoso!

LILA – Dale, que estoy apurada. Hoy apenas llega se pone a estudiar y a veces me pide que le alcance un cafecito.

CHELA – Y cuando entrás al cuarto está con el *slip* violeta.

LILA – No, vestido, todo vestido..., y eso que estoy mejor despachada que la Cecilia.

(Risas de Chela y Lila).

RULO – Son unas putas. No lo digo yo: lo dicen los estudiosos, los sabios; gente que escribió libros de este tamaño.

(Hace un gesto obsceno que provoca la hilaridad de ambas mujeres).

LILA – Bla, bla, bla. ¿Para qué me rompí toda corriendo atrás del pollo?

RULO – Sos cargosa, ¿eh?

CHELA – Lo cazó aquí, en el jardín.

RULO – ¿Y la vieja sabe que su jardincito se convirtió en gallinero?

CHELA – A la señora Leo no le importa.

RULO – No hablo de la señora Leo. De la vieja, la loca que grita de noche.

CHELA – Doña Pilar no mira nunca para afuera.

RULO – ¿Por qué?

CHELA – No sé. No mira.

RULO – La Leo me hace acordar a un limonero. Siempre llena de hojas, muy verde, dando frutos...

CHELA – *(Con una risita)*. Ácidos...

RULO – Y el señor Agustín es un jardinero descuidado. No sabe su oficio.

CHELA – *(Burlándose)*. ¿Lo oís? Habla como un poeta el Rulo.

LILA – *(Con cierto asombro)*. ¡De veras!...

CHELA – Pero la gata Leo no lo mira.

RULO – Todo llega.

CHELA – No seas bobo. Sabés cómo terminamos si seguís así.

RULO – *(Con una risita)*. ¿Qué pasa? ¿No sabés bromear?

CHELA – No me gustan tus bromas.

RULO – Estás embroncada.

LILA – *(Harta)*. ¡Uf! ¿Vamos a comer el pollo, sí o no?

RULO – ¡Vamos!

LILA – El estómago me hace ruiditos.

RULO – Si tus patrones son como éstos sos capaz de tener truenos ahí adentro.

CHELA – ¿Yo no tengo truenos, sabés Rulo?

RULO – No digas. ¿Y qué tenés?

CHELA – *(Lo besa en la boca, le sirve otro vaso)*. Adiviná... *(Toma la mano, la pone sobre su vientre)*. Adiviná, Rulito.

RULO – *(Quita la mano de su vientre con un movimiento rápido)*. ¿Qué hacés? *(Intenta reír)*. Flor de rollos tenés. ¿Le pedís algún churrasquito extra a Don Agustín?

CHELA – Dame la mano, bobito. Dejala quieta y vas a ver.

RULO – ¿Voy a ver qué?

CHELA – *(Toma su mano nuevamente)*. No seas bruto y sentí.

(Un silencio. Rulo mira extrañado a Chela. Lila no puede evitar un gesto de inquietud).

RULO – No seas yegua y hablá claro. (*Rulo retira su mano del vientre de Chela*).

CHELA – ¿Sentiste?

RULO – No es la primera vez que me agarran la mano y me la ponen ahí. Y después, empiezan a hacer teatro.

CHELA – ¿Qué teatro?

RULO – Dale, llorá. ¿Ahora no vienen las lagrimitas?

CHELA – Voy a ser madre, Rulo.

RULO – (*Imitando la música estruendosa de un radioteatro*). ¡Tantantán...!

CHELA – (*Lagrimando*). Voy a tener un hijo tuyo, Rulo.

RULO – (*Con cierto disgusto, subraya con una música más breve*). ¡Tantán...!

LILA – ¡Qué divino! ¡Esto hay que festejarlo con un pollito!

RULO – (*Con cierta impotencia*). ¿Para qué mierda queremos un hijo? ¿Por qué no te cuidaste?

CHELA – Las pastillas me hacían mal. Dejé de tomarlas por una semana, nada más. ¡Yo qué sabía!

RULO – Son unas putas. No saben nada, y de repente aparecen infladas como un globo.

CHELA – ¿No lo querés?

RULO – Mirá, nena, aunque no lo quiera no tenemos un mango para darle el olivo.

CHELA – ¿No estás contento, Rulo?

RULO – Loco de la vida.

LILA – ¡Arriba con el pollito!

RULO – ¡Arriba! Total, ¡qué más da! (*Da unos pasos buscando algo*). El Rulo tiene de todo: brasero, carbón, una parrilla... (*Encuentra el brasero. Lo levanta*). Y pronto va a aparecer con una moto, run, run, saltando sobre las matas del jardín.

CHELA – ¿Una moto?

RULO – Ya la tengo apalabrada.

CHELA – Pero si recién dijiste...

RULO – (*Con una sonrisa*). Para llevar a pasear al nene los domingos.

LILA – Eso es un padre.

CHELA – Ahora te hacés el chistoso.

RULO – Después de tu chiste, nena.

CHELA – Decí si es verdad.

RULO – Claro. Eso sí, para las visitas esas que a vos te gustan, apago el motor al pasar la verja.

LILA – ¡Epa! No se deschaven.

CHELA – (*Casi con asombro*). ¿Vas a tener una moto vos?

RULO – ¿Para qué pensás que estoy campaneando a unos chicos estudiosos de un colegio de aquí cerca?

CHELA – ¿En serio?

RULO – ¿Por qué no? Las dejan ahí, como si fueran latones. Voy, me subo en la mía y corro a lo del gordo Suárez. Un poco de pintura, una chapa nueva y ya está.

CHELA – ¿Vas a hacer eso?

RULO – Trabajo fácil, Chela.

CHELA – ¿Estás seguro?

RULO – ¡Vamos! Dale vino, Lila, que se ría un poco. Me va a enyetar ésta. ¡Dale, reíte! ¿No querés pasear conmigo en moto? Run, run, run... Y a veces, parece que volás. Vos y yo, volando por todos los caminos hasta llegar a algún lado..., de *picnic* o para siempre.

(Bajan las luces y se ilumina el “estar”).

PILAR – ¿Nadie piensa hacer la cena?

LEONOR – Parece que Chela se tomó vacaciones.

PILAR – Agustín venía a veces muy cansado del estudio y echaba a Pocha de la cocina. Decía que cocinar descansaba la mente.

AGUSTÍN – ¿Papá cocinaba?

PILAR – Pescado y mariscos. Esas cosas. La Pocha corría a limpiar sus pegotes.

AGUSTÍN – *(Va hacia el bar, se sirve. Casi para sí, en voz alta a pesar suyo)*. No me acuerdo casi nada de papá.

PILAR – ¿Y de Pocha? La pobrecita se murió cuidándolo, ¿sabés? Me tuve que ocupar de todo y hasta pagar su entierro, porque no tenía familia. No quiso casarse, no tuvo hijos soltera. Una verdadera joya.

LEONOR – *(Burlona)*. Ya no quedan así, ¿eh?

PILAR – No. Son todas como esa, la Chela.

AGUSTÍN – ¿Cómo es la Chela?

PILAR – ¿Nunca la miraste?

LEONOR – Una mujer que quiere casarse, que quiere una familia.

PILAR – *(Con una risita burlona)*. Ninguna de esas sabe qué es una familia.

LEONOR – Pienso que todos deberíamos tomar clases sobre ese tema.

AGUSTÍN – *(Después de una pausa, mirando a Pilar)*. ¿Por qué quemaste el álbum rosado?

PILAR – Había que quemarlo. Estaba lleno de fotos ridículas.

AGUSTÍN – ¿Lo quemaste por eso?

PILAR – Claro.

LEONOR – ¿Nunca los viste? A mí me lo mostró muchas tardes. Pilar de vestidos largos, el viejo doctor Sartori de etiqueta y la opulencia que se perdió.

PILAR – El álbum rosado sólo tenía sentido para mí.

AGUSTÍN – Me hubiera gustado volver a ver algunas fotos de papá.

PILAR – En ninguna mejor que en el portarretrato que está sobre mi cómoda.

LEONOR – *(Irónica)*. Pilar borraba el pizarrón en la escuela en lugar de la maestra.

(Se miran reprimiendo agresividades. Una pausa).

PILAR – *(Con una risita)*. La locura es una salvación, a veces.

AGUSTÍN – *(Con desconcierto)*. ¿Qué decís?

PILAR – Espero no recuperar la cordura en el último minuto.

AGUSTÍN – ¿Te fingís loca?

PILAR – Un poquito.

LEONOR – Estaba visto.

PILAR – No siempre, che. No me gusta abusar.

AGUSTÍN – ¿Eso te divierte?

PILAR – No. Pero está claro por qué lo hago... ¿No?

AGUSTÍN – ¿Te justificás?

LEONOR – Así que el escándalo que armás por las noches es gratuito.

PILAR – Más o menos. Muchas veces no estoy simulando.

LEONOR – ¡Quién te entiende!

AGUSTÍN – ¿Estás jugando con nosotros, mamá?

PILAR – Yo no quiero jugar. Estoy cansada, Chicho.

AGUSTÍN – (*Molesto*). Leo y yo estamos también muy cansados. Tenés que entender que es bastante cansador ir al estudio sin pegar los ojos.

PILAR – (*Con fingido temor*). ¿Molesto mucho, querido?

AGUSTÍN – Vas a tener que portarte bien si no querés que tomemos medidas más serias.

PILAR – (*Sin poder reprimirse*). ¿Y qué tengo que hacer yo después que vos te portaste tan mal?

AGUSTÍN – Declaraste la guerra, ya veo.

PILAR – ¿Qué hacés en el estudio, Agustín, Chicho? ¿Bostezás mucho?

AGUSTÍN – Es asunto mío.

PILAR – Así tendría que hablar yo, ¿no te parece, Leo?, no un buen chico que quiere parecerse al papá.

AGUSTÍN – Estamos muy viejos para sermones.

PILAR – Sin embargo, pese a tu calvicie, tesoro, todavía no aprendiste que mirando las fotos de tu padre no vas a convertirte en un hombre como él.

AGUSTÍN – Heredé el estudio, la clientela, pero no su talento. ¿Qué más?

PILAR – Agotaste su clientela.

AGUSTÍN – Empezaron a morir, porque casi todos tenían tu edad.

PILAR – (*Furiosa*). ¿Y no hay clientes nuevos? ¿El abogadito se come los viejos y no es capaz de conseguir a sus hijos?

AGUSTÍN – Por favor, no grites.

PILAR – Mirá vos. Aquí está La Gran Máquina Trituradora de Familias.

AGUSTÍN – (*La mira. Pausa*). ¿Qué buscás, mamá?

PILAR – Nada. ¿Y vos?

AGUSTÍN – ¿Quién empezó?

PILAR – Si vos te ponés exigente conmigo, yo también voy a exigir.

AGUSTÍN – Creo que no me entendiste bien.

PILAR – Sí, te entendí. Y no me gustan las amenazas, Chicho.

AGUSTÍN – Nadie te amenazó.

PILAR – ¿Pensás que vas a encerrarme? ¿Cómo? ¿Con qué?

AGUSTÍN – ¡Qué sabés!...

PILAR – *(Golpea el brazo del sillón, furiosa)*. ¡Sí, sí, yo sé! ¡Pará esto si podés! ¡Pará esta lluvia de cal, estos malditos derrumbes! ¡Hacé que todo vuelva a ser como antes y yo pueda salir a tomar sol a mi jardín! *(Queda jadeante; padece pequeños ahogos)*.

AGUSTÍN – ¿Te pasa algo? ¿Te sentís mal? ¿Querés que te alcance tus pastillas?

(Agustín se arrodilla junto a Pilar. Leo los mira y comienza a alejarse de ellos, murmurando).

LEONOR – ¿Para qué pelean? Siempre es igual.

(Se desplaza hacia proscenio, mientras las luces se encienden gradualmente sobre Chela, Rulo y Lila. Todos conversan animadamente con la boca llena. Las conversaciones cesan bruscamente apenas descubren la presencia cercana de Leonor).

CHELA – ¡Ay, mirá quién está ahí!

RULO – No me digas que es...

LILA – Bruto lío se va a armar.

RULO – *(Con una risita)*. La Leona.

CHELA – Schsss...

LILA – ¿Qué hace? ¿Por qué no se mueve?

CHELA – ¿Nos está mirando?

RULO – *(Se pone de pie, grita)*. ¡Eh, señora! ¡Señora Leonor!

(Chela le tironea de la manga pero ya es tarde. Leonor avanza hacia ellos).

LEONOR – *(Con desconcierto)*. Buenas noches.

RULO – Muy buenas. ¿Buscaba a la Chela? Está acá, comiendo algo, con su permiso.

LEONOR – *(Sin poder reprimir cierta burla)*. ¿Están de picnic?

CHELA – Señora Leonor, éste es Rulo, mi novio.

RULO – Mucho gusto.

(Le tiende la mano. Leonor se la estrecha).

CHELA – Y ésta es la Lila, que usted debe conocer, porque trabaja en la casa de los Ruiz.

LILA – Encantada.

LEONOR – *(Algo divertida)*. Pero no se molesten. Tomen asiento.

RULO – ¿No gusta acompañarnos? Mire que se lo digo de todo corazón...

LEONOR – *(Irónica)*. Tengo que hacer adentro: preparar la cena.

CHELA – *(Da un gritito)*. ¡Ay, sí! ¡Voy corriendo, señora!

(Va a moverse cuando el Rulo la sujeta y la atrae hacia sí).

RULO – ¡Epa, che, que la señora no tiene un látigo! ¡Despedite como se debe!

(Le da un beso en la boca y luego la suelta. La Chela escapa avergonzada).

RULO – Perdone, señora Leonor, pero a mí me gusta que ella tenga modales tan lindos como los de usted.

LEONOR – Gracias.

LILA – Bueno, yo me voy. Seguro que también están necesitándome.

LEONOR – Esperá. Tengo una ropa apartada para vos, está nueva.

LILA – ¿Para mí?

LEONOR – Una pollera y dos camisas. Le quedaron chicas a Chela. ¿Las querés?

LILA – Muchas gracias, señora, pero la ropa la llevo de día. ¡Capaz que me asaltan si me ven con un paquete!

LEONOR – Como quieras.

LILA – Hasta mañana.

(Se aleja y sale. Un silencio. Leonor y Rulo han quedado solos, uno frente al otro).

RULO – Vio qué miedosa la Lila. Usted sí que es distinta. Sale a la selva sola.

LEONOR – ¿A la selva?

RULO – *(Hace un ademán)*. Le llamamos así porque acá falta nada más que Tarzán.

LEONOR – *(Con una risita)*. ¡Claro!

RULO – ¿Una copita? *(Levanta, desafiante, el vaso tallado)*. No puedo ofrecerle champán, pero tengo un buen vino.

LEONOR – *(Toma el vaso y lo gira, mientras lo observa)*. Debe tener mejor gusto ese vino en estos vasos.

RULO – Sí, para qué engañarla. Uno agarra el vaso y ya se imagina que está tomando una bebida importada. ¡Sueña!

LEONOR – ¿Quiere bromear conmigo? Creo que padece una pequeña desubicación.

RULO – Y usted también, porque yo no quiero bromear. Me gusta ser franco.

LEONOR – Hay franquezas que pueden resultar caras. Por ejemplo, una denuncia dando cuenta de la desaparición de unos vasos de cristal.

RULO – ¿Usted haría eso?

LEONOR – ¿Por qué no?

RULO – Porque recién demostró ser buena y caritativa.

LEONOR – No soy buena y caritativa. Regalo mi ropa a mis empleadas para no tirarlas.

RULO – ¿Por qué se quiere hacer la mala?

LEONOR – *(Se da media vuelta para marcharse)*. Que Chela se encargue de volver a poner todo en su lugar.

RULO – Señora Leonor, espere, quiero mostrarle otra cosa.

(Leonor se vuelve. Lo mira a los ojos con expresión endurecida).

LEONOR – Espero que no se haya tomado otras libertades.

RULO – Mire, la verdá es que la Chela tenía nada más que un vaso... y de plástico. Nosotros somos pobres y de vez en cuando necesitamos cosas así. No sé si me comprende. Uno necesita, a veces, sentirse otro.

LEONOR – *(Después de una pausa. Mirándolo)*. ¿A quién querés imitar?

RULO – A ustedes, al señor Agustín.

LEONOR – Elegiste mal.

RULO – ¿Por qué me tutea? No tiene miedo de lo que puede pasarle si se desubica?

LEONOR – No te hagas el Tarzán, porque ésta no es la selva.

RULO – Mirá mi buzo.

LEONOR – ¿Qué decís?

RULO – Acercate y miralo. Yo quisiera tener todo lo de Agustín; quisiera tenerte a vos.

LEONOR – *(Con una risita)*. Estás delirando.

RULO – No. Te conozco. Sé cómo te ponés por las noches cuando escuchás el miao de los gatos.

LEONOR – *(Burlona)*. Me excito mucho, ¿eh? Afilo mis uñas en las patas de los muebles.

RULO – Vos sabés cuál es la señal.

LEONOR – ¿Hay una señal?

RULO – Mi señal. Vos conocés mi “miao”.

LEONOR – Te gustan las novelitas de espionaje.

RULO – La Chela también conoce mi “miao” y entonces me abre la puerta del garaje.

LEONOR – Así que de noche te transformás en un gatito.

RULO – Podés reírte, pero yo sé quién sos.

LEONOR – ¡Quién soy, a ver!

RULO – La señora Leonor: una mirona.

LEONOR – *(Algo cambia en ella)*. ¿Qué decís?

RULO – La otra noche te sentí. Te descubrí entre las sombras, porque se coló un poco de luz por la puerta del garaje. Estabas ahí, pegada a la pared, aguantando la respiración y mirando.

LEONOR – *(Intenta reír)*. Parece que... te gusta imaginar cosas.

RULO – Eras vos. La Chela estaba arriba mío, por eso pude verte. ¿Te acordás como grité? Los ruidos de esa cama podrida no pudieron tapar mi grito. ¿Te acordás? En ese momento eras vos la que estaba encima mío y no la Chela.

LEONOR – *(Demudada)*. ¡Estás loco!

(Va a escapar. El Rulo la toma de un brazo).

RULO – Yo gritaba y vos te abrías. Vos sentías...

LEONOR – *(Grita)*. ¡Basta! ¡Dejame!

RULO – Eras vos la mirona... ¿Sí o no?

(Leonor lo mira un instante, temblorosa, sin contestar y luego huye. El Rulo queda inmóvil, mientras su rostro comienza a teñirse de la alegría del triunfo. Las luces bajan gradualmente, mientras invaden con nueva intensidad el “estar”).

CHELA – *(Entra con delantal y un vaso de agua en una bandeja)*. Ya va a estar. No se ponga nerviosa, doña Pilar.

PILAR – *(Irónica)*. ¿Te habían raptado?

CHELA – Me acordé de sus pastillas. Dos antes de la cena, ¿no?

PILAR – *(Toma el agua y traga las pastillas)*. Gracias. Creí que Romeo te había hecho olvidar el mundo.

CHELA – Estoy calentando una sopita. Y tengo preparados unos bifés de pescado.

PILAR – Pescado, no. A esta altura de mi vida dejo para otros las espinas.

CHELA – Muy bien. *(Va hacia foro y se vuelve hacia Agustín)*. ¿Vio la carta, señor Agustín?

AGUSTÍN – ¿La carta?

CHELA – ¿No le dijo nada la señora Leonor? Vino temprano y recomendada.

AGUSTÍN – ¿Dónde está?

CHELA – En su mesita, con los libros.

(Sale. Agustín va nerviosamente hacia la mesita. Toma la carta. Lee detenidamente el sobre. Vuelve a dejarlo sobre la mesita. Un silencio).

PILAR – ¿No vas a abrirla?

AGUSTÍN – *(Muy bajo)*. No.

PILAR – ¿Vas a romperla, como las otras?

AGUSTÍN – *(Muy bajo)*. No sé.

PILAR – No entiendo. ¿Buscás que deje de escribirte?

(Agustín se encoge de hombros. Enciende un cigarrillo).

PILAR – ¿Dónde está ahora?

AGUSTÍN – En el mismo lugar... lejos.

PILAR – ¿Cómo se llega a ser director de una gran empresa tan lejos?

AGUSTÍN – *(Con una amarga sonrisa)*. Con su locura.

PILAR – Era un hermoso loco. *(Sonríe)*. Me quería.

AGUSTÍN – Por loco plantó todo.

PILAR – Por favor, Agustín. Escríbeme.

AGUSTÍN – *(Con resentimiento)*. No puedo. Si hubiera esperado un par de años...

PILAR – ¿Vos también querías irte?

(Agustín no contesta. Entra Leonor, muy pálida. Algo agitada).

LEONOR – ¿Y Chela?

AGUSTÍN – *(Mientras la observa)*. ¿Viste un fantasma?

LEONOR – No, es que... encontré mi pollera nueva en el garaje. Creo que Chela usa mi ropa.

PILAR – *(Con una risita)*. No vamos a echarla por tan poca cosa.

AGUSTÍN – Hablá con ella. Está pasando una época... difícil.

PILAR – Vos siempre fuiste muy comprensiva para estas cosas, Leo.

LEONOR – *(Desconcertada)*. ¿Qué quiere decir?

AGUSTÍN – Deberías tomar algo fuerte. Estás temblando.

(Agustín da unos pasos. Saca una botella del barcito rodante).

LEONOR – No me siento bien.

AGUSTÍN – *(Mientras sirve para los dos)*. Yo te acompaño. Matamos los microbios juntos, ¿eh?

LEONOR – Ojalá no caiga con gripe.

AGUSTÍN – *(Le tiende un vaso)*. Te olvidaste de darme la carta.

LEONOR – ¿Cómo? ¡Ah, sí, la carta!

AGUSTÍN – Es suya. Leíste el remitente, ¿no?

LEONOR – No sé por qué sigue escribiéndote.

PILAR – Eran amigos, ¿no?

LEONOR – De farras, creo.

PILAR – Bueno, eso lo explica todo.

LEONOR – Nunca quedaron explicados ciertos plantones míos, a menos que haga memoria y los vincule a una loquita que estos buenos amigos compartían.

AGUSTÍN – *(Con una risita)*. ¡Qué cómico! Mi vida a tu lado se va a transformar en una continua explicación.

LEONOR – Eso parece que les unía: la irresponsabilidad y las polleras.

AGUSTÍN – *(Burlón)*. Además del tenis y el *poker*.

LEONOR – No sé cómo te atreviste a ir conmigo al Registro Civil sin consultarlo.

AGUSTÍN – *(Con una risita)*. No tenía ganas de compartírte.

LEONOR – Así que ahora sentó cabeza.

AGUSTÍN – Le va muy bien.

LEONOR – ¿Sí? Poco me importa que ahora cuente grandezas. ¿Pensás que voy a creerle? Es fácil mentir cuando se está lejos.

AGUSTÍN – No miente. Nunca mintió.

LEONOR – Era un tiro al aire, como todos los de tu barra. Antes escribía historias fantásticas aquí, en no sé qué revista. Ahora las escribe allá, en esas cartas que llegan con una constancia sin sentido.

AGUSTÍN – Nunca le tuviste simpatía, Leo.

LEONOR – Siempre me impresionaron como dos grandulones que se portaban como adolescentes.

AGUSTÍN – Querías elegir mis amigos.

LEONOR – *(Con cierta furia)*. ¿Qué hacían juntos en la playa, mirando el cielo y buscando platos voladores que nunca aparecían?

AGUSTÍN – Nos contábamos historias fantásticas. Imaginábamos la vida en otros planetas. Nos reíamos pensando en cómo sería hacerle el amor a alguien con otra piel y otros agujeros.

LEONOR – *(Drástica)*. Y terminaban como dos púberes, encerrándose en el baño.

AGUSTÍN – Es una lástima que utilices tan mal tu fantasía.

LEONOR – ¿Y vos que hacés con la tuya?

AGUSTÍN – Creí que lo tenías claro.

LEONOR – ¿Por qué?

AGUSTÍN – Vos querés volar, aunque caigas en medio del océano. Yo quiero llegar a tierra firme.

LEONOR – No creo que quieras llegar a ningún lado.

AGUSTÍN – ¿Sabés por qué no volé antes?

LEONOR – No. Pero sé que ahora ni siquiera te animás a leer esas cartas.

AGUSTÍN – No embromes. Sabés qué difícil es plantearse un cambio, sobre todo cuando ese cambio implica...

LEONOR – ¿Por qué no volaste antes?

AGUSTÍN – Sentía que vos y yo éramos una pareja.

LEONOR – Nunca lo fuimos. Claro, que hubo una época en que era más fácil engañarnos.

AGUSTÍN – Era un adolescente, sí. Creía en el matrimonio, pensaba en una larga familia con hijos.

(Un silencio. Se miran largamente. Leonor hace un gesto nervioso. Pilar lanza una risita).

PILAR – Me estoy portando bien, sentada aquí en platea, sin intervenir.

LEONOR – Aprovechá. Podés empezar a reprocharme la ausencia de nietos.

PILAR – ¿Para qué? Ya es tarde.

LEONOR – Y vos no serías el centro.

PILAR – Todo ha sido para bien. ¿Eh, Leonor? Tu pancita seca una hermosa bendición para poder pelear hoy con Agustín sin testigos molestos.

LEONOR – Podemos imaginar que quedaron sepultados cuando se derrumbó la pieza del frente. ¿Quién es el verdadero responsable?

PILAR – Yo diría que utilizás bien tu fantasía.

AGUSTÍN – ¿A qué están jugando?

PILAR – Siempre a lo mismo. Leonor no conoce juegos nuevos.

LEONOR – Y a vos te gustan los viejos.

PILAR – *(A Agustín)*. Lástima que sólo juega con ganas cuando vos estás presente.

LEONOR – Creo que en este mundo tenemos que tener muy claro cuáles son nuestras responsabilidades.

(Una pausa. Los tres intercambian miradas).

AGUSTÍN – Entiendo. El asunto es repartir culpas.

LEONOR – No hay por qué cargar con las ajenas.

AGUSTÍN – *(Burlón)*. Vos cargás con tu esterilidad y yo con el derrumbe, ¿no?

LEONOR – Voy a decirte la verdad, Agustín..., para que termines de confundirte: Nunca quise tener hijos tuyos.

AGUSTÍN – ¿Qué decís?

LEONOR – Algún día tenías que saberlo. No quise. Mis visitas al médico, los resultados de los análisis... todo fue mentira.

AGUSTÍN – *(Con desconcierto)*. ¡No puede ser! Seguí jugando.

LEONOR – Tuve miedo. Pensé que si eran varones podían heredar tu carácter, y empecé a mentir. No quería verlos crecer con tus mismos miedos y transformarse en soñadores incapaces de volver a levantar una pared después de un derrumbe.

PILAR – *(Furiosa, golpea con el puño sobre el brazo del sillón)*. ¡Miente! ¡No le creas! ¡Miente!

AGUSTÍN – *(Va hacia Leonor, la sacude)*. ¿Qué decís? ¿Qué estás inventando ahora?

PILAR – *(Grita)*. ¡Sos una puta!

AGUSTÍN – *(Gritando)*. ¿Querés engañarme? ¡Hablá! ¿Qué mierda querés? ¿Qué estás buscando ahora?

PILAR – *(Grita)*. ¡Putá!... ¡Es una puta!

LEONOR – *(Se desprende, sollozando)*. No miento. Ya no quiero mentir.

PILAR – *(Ahogada)*. ¡Bruja... y puta! *(A Agustín)*. Tiene más miedo que vos. *(Jadeante)*. Vení, Agustín. Vení acá, por favor. Llévame a mi cuarto. Ya no quiero comer.

AGUSTÍN – *(Junto a Pilar)*. Vos no tenés que meterte. No quiero que la insultes.

PILAR – *(Ahogada)*. Llévame a mi cuarto. ¡Pronto!

(Agustín la ayuda a ponerse de pie. La arrastra fuera de la escena. Entra Chela).

CHELA – ¿Qué pasó, señora? Oí gritos.

LEONOR – *(Secando sus lágrimas con las manos)*. Nada.

CHELA – ¿Necesita algo?

(Una pausa. Se miran. Agustín llega a proscenio con Pilar y se detiene junto al sillón hamaca).

PILAR – Dejáme aquí. No quiero acostarme todavía.

(Agustín la acomoda en su sillón y luego sale lentamente).

LEONOR – Quiero hablar contigo.

CHELA – *(Muy simple)*. Aquí estoy.

LEONOR – Hace más de un año que estás aquí, con nosotros. Y siempre hicimos lo posible por comprenderte y ayudarte, ¿no?

CHELA – Sí, señora.

LEONOR – Yo te di mi ropa, te tratamos como si fueras de la familia, te cuidamos una vez que te enfermaste. Yo bajaba al garaje llevando una bandeja con una taza de café con leche y montones de aspirinas. ¿Te acordás?

CHELA – Sí, señora.

LEONOR – Yo creía en vos... hasta hoy.

(Chela hace un gesto nervioso pero permanece muda).

LEONOR – ¿Querés decir algo? ¿Pensás que podés justificarte?

CHELA – Ya puse los vasos en su lugar. Le juro que nunca más voy a tocar nada.

LEONOR – No estoy hablando de los vasos.

CHELA – Yo no toqué más nada, señora.

LEONOR – Juralo.

CHELA – Alguna vez un poco de fruta y la mermelada de durazno, ayer, creo, porque estaba de antojo.

LEONOR – ¿Nada más?

CHELA – ¡Nada más! ¡Se lo juro por lo que más quiero!

LEONOR – Entonces vos no querés a nadie.

CHELA – ¿Por qué?

LEONOR – ¡Porque mentís!

CHELA – No.

LEONOR – ¡Sí, mentís! ¡Y estás haciéndome perder la paciencia!

CHELA – (*Después de una pausa. Con un hilo de voz.*) ¿Lo vio? ¿Vio al Rulo? Le juro que no viene todas las noches. Una vez por semana... y nunca lo hice entrar a la casa.

LEONOR – Muy decente.

CHELA – Nunca tocó nada el Rulo, porque sabe muy bien que yo no quiero perder este empleo.

LEONOR – ¡Dos santos, vos y él! Lástima que decidieron meter la mano en las cosas de Agustín.

CHELA – ¡El buzo! (*Empieza a llorar.*) El buzo... Yo le dije que no lo usara para venir acá. Fue lo único que saqué. Estaba picado por la polilla y el señor Agustín ya no lo usaba. Por eso se lo saqué, porque no lo usaba y el Rulo aparecía, a veces, morado de frío.

LEONOR – Muy bien. ¿Qué más robaste?

CHELA – Yo no soy ladrona.

LEONOR – ¿Qué sos? Agustín no te prestó su buzo, ¿no?

CHELA – ¡No lo usaba! Usted sabe bien que no lo usaba

LEONOR – Estoy harta de confiar en ustedes y terminar así.

CHELA – Por favor, señora Leonor. No lo tome a mal. ¿Le faltó alguna otra cosa? ¿Alguna vez me llevé algo sin su permiso? Esta vez, nada más, para que el pobre Rulo no se me agarrara una pulmonía.

LEONOR – (*Muy seca*) Estoy harta, Chela. Todo terminó hoy.

CHELA – ¿Terminó?

LEONOR – No voy a hacer la denuncia.

CHELA – Pero señora...

LEONOR – (*Cortante.*) Buscate otro trabajo. Te doy una semana de plazo.

CHELA – ¡Ah, no! (*Lloriqueando y en voz cada vez más alta.*) ¡Ahora me dejan en la calle! ¡Por nada! ¡Sí, por nada! Porque usted tomó cosas mías, y yo nunca le dije nada. Me sacó del cuarto y me metió en el garaje; “por los derrumbes”, dijo; y el garaje se viene abajo en cualquier momento. Y yo estoy ahí, sin muebles, porque usted me mandó mis muebles al remate.

LEONOR – Por favor, la cuota de escándalos quedó agotada. Podés irte.

CHELA – Tengo un cajón de verdura en lugar de una mesita de luz. Yo soy una persona como usted, ¿qué se piensa!

LEONOR – (*Muy calma.*) No entiendo qué reclamás. Acá se te dio una pieza con muebles y vos no trajiste otra cosa que lo puesto. ¿Está claro?

CHELA – Ustedes me dieron la pieza con los muebles. Y no tenían por qué sacarme los muebles. Me los sacaron y me dejaron nada más que una cama turca toda podrida.

LEONOR – ¡Basta, Chela!

CHELA – Y ahora me arma lío por un buzo roñoso. ¿Se lo iba a poner usted acaso? ¡No, nadie! Yo los conozco. Se ponen las mejores cosas aunque tengan una aceituna en el estómago.

LEONOR – ¡Basta, Chela! ¡No hay nada más que hablar!

CHELA – ¡Sí hay! Porque es una injusticia. Yo me porté bien con ustedes cuando empezaron a hacer aquellos arreglos en las piezas de adelante. ¿Se acuerda? Vinieron dos tipos, y uno era muy joven: un chiquilín rubio, muy callado. ¿Se acuerda? Y usted se lo llevó a su cuarto un día, para que le pegara el empapelado. La pared de adelante se caía y el chiquilín estaba en su cuarto.

LEONOR – *(Grita)*. Sos una porquería. ¡Andate ya!

CHELA – ¿Yo le dije algo al señor Agustín? Jamás salió nada de mi boca.

LEONOR – *(Conteniendo su ira, temblando)*. ¡Andate!

CHELA – *(Un sollozo la ahoga)*. Yo necesito este trabajo, señora Leonor.

LEONOR – No quiero tenerte más aquí.

CHELA – *(Llorando)*. ¿Por qué?

LEONOR – Porque robaste... y enseguida empezaste a reclamar cosas que jamás fueron tuyas, y ahora terminás amenazándome.

CHELA – Yo no robé. ¿Acaso usted roba cuando el señor Agustín le entrega la plata del mes y se guarda la mitad?

(Una pausa. Leonor le clava los ojos).

LEONOR – Son peligrosas las mujeres como vos, cuando andan a los manotazos, queriendo prenderse de algo.

CHELA – No quiero hacerle mal; usted, sí.

LEONOR – Quiero que salgas de esta casa lo antes posible. ¿Está claro?

CHELA – Esta noche viene el Rulo y voy a contarle. Voy a decirle que haga algo, porque usted no puede echarme así.

LEONOR – No le tengo miedo a tu Rulo.

CHELA – Mejor, porque va a tener que arreglárselas con él.

(Sale corriendo, sollozando. Un silencio. Leonor se deja caer en un sillón, agotada. Entra Agustín).

AGUSTÍN – *(Irónico)*. Parece una noche muy movida. ¿Ahora tuviste lío con tu querida Chela?

LEONOR – La eché.

AGUSTÍN – ¿Decidiste ocupar por fin el sitio de la empleada?

LEONOR – Nos robó.

AGUSTÍN – Necesitás cansarte. Te haría bien limpiar esta casa. Mejoraría tu carácter.

LEONOR – No fue sólo mi pollera. A vos te robó un buzo.

AGUSTÍN – Uno gris, muy gastado.

LEONOR – ¿Lo sabías?

AGUSTÍN – La visita un muchacho que en esta época anda en camisita.

LEONOR – Ya no. Ahora la visita con tu buzo gris.

AGUSTÍN – No valía la pena echarla sólo por eso.

LEONOR – ¿No, eh?

AGUSTÍN – No. Soportamos algunas que arrasaron con nuestra platería.

LEONOR – Mejor quedarse con una ratera de corto vuelo. Esa es la filosofía, ¿no?

AGUSTÍN – Sí.

LEONOR – Si ahora la perdono va a seguir con cosas de mayor valor.

AGUSTÍN – No creo. Roba por necesidad.

LEONOR – (*Burlona*). Pobrecita...

AGUSTÍN – Puede ser un juego nuevo y divertido para vos.

LEONOR – ¿Cuál?

AGUSTÍN – Adivinar sus necesidades y regalarle las cosas antes de que las robe.

LEONOR – Un juego caro.

AGUSTÍN – ¿Sabés una cosa? Te estás pareciendo a mamá.

LEONOR – Soy tacaña por necesidad, así que no puedo contemplar las necesidades ajenas.

AGUSTÍN – Espero que no empieces a hablarme del presupuesto mensual. Es un tema que me aburre.

LEONOR – Y te aplasta.

AGUSTÍN – Si lloraras menos, sería diferente.

LEONOR – Y vos perderías contacto con la realidad.

AGUSTÍN – Contigo al lado, imposible, a menos que me suba a un plato volador. (*Va hacia el bar. Se sirve*).

LEONOR – Estás tomando demasiado, ¿no?

AGUSTÍN – (*Mientras bebe*). Ayuda a dormir.

LEONOR – Tu madre dice que a veces venís un poco borracho.

AGUSTÍN – Puede ser. Los jueves, cuando Aguirre va al estudio. Empezamos a tomar apenas llega. Es la única forma de soportar sus discursos sobre las medidas económicas necesarias para liquidar esta gran crisis mundial.

LEONOR – Creí que lo estimabas.

AGUSTÍN – (*Una pausa. La mira*). Necesito charlar con alguien... pero me aburre.

LEONOR – Como yo. Te aburro mucho, ¿no?

AGUSTÍN – (*Otra pausa. Después de otro trago*). Ya no podemos charlar, Leonor.

LEONOR – (*Con burlona amargura*). Gastamos todas las palabras.

AGUSTÍN – Tenemos códigos diferentes, siempre.

LEONOR – ¿Sí?

AGUSTÍN – Vos sos amante de la realidad y yo... (*Levanta el vaso*), de los sueños, aunque terminen poblándose de monstruos.

LEONOR – (*Después de una breve pausa, muy bajo*). Agustín... yo no quiero seguir así.

AGUSTÍN – *(Burlón)*. ¿Y qué esperarás? ¿Que yo te despida como vos hiciste con Chela?

LEONOR – A veces, cuando te arrimás a mí en la cama...

AGUSTÍN – *(Burlón)*. Te volvés furiosamente... inactiva.

LEONOR – *(Muy bajo)*. ¿Por qué lo hacés?

AGUSTÍN – *(Burlón)*. Querida, antes tomo coraje con tres *whiskys*, por lo menos.

LEONOR – *(Muy bajo, sin comprender)*. ¿Qué buscás?

AGUSTÍN – Sentirme como antes.

LEONOR – Eso es imposible. Hasta Pilar lo comprendió cuando quemó su álbum rosa.

AGUSTÍN – ¿Por qué? Una noche puede producirse el milagro, *whiskys* mediante. ¿No creés? Una noche puedo empezar a acariciarte y, de pronto, volver a escuchar tus gemidos como antes. ¿Por qué no? *(Con una risita)*. Esa noche vamos a festejar el triunfo enterrando los almanaques en el jardín, con un cortejo encabezado por mamá vestida con su uniforme escolar.

LEONOR – ¿Para qué serviría?

AGUSTÍN – Cambiaría tu mirada. Ya no estarías deseándome la muerte a cada minuto.

LEONOR – *(Con amargura)*. Y entonces, volverías a compensarme por tus tontas renunciaciones, por tus inútiles proyectos.

AGUSTÍN – *(Va hacia el escritorio)*. ¿Dónde está la carta? *(Con cierta agitación)*. Esta vez voy a contestarla.

(Revuelve entre sus papeles hasta encontrarla. Luego toma una lapicera. Se sienta. Se ilumina el proscenio. Chela está haciendo una pequeña valija en el momento que entra el Rulo; se vuelve y, al verlo, se echa en sus brazos).

RULO – *(Mientras la abraza)*. ¿Qué le pasa a mi gallinita?

(Vuelven a abrazarse largamente. Ahora las luces decrecen en el ámbito familiar. Mientras Agustín escribe, Leonor lo contempla con una sonrisa burlona. De pronto, ella vuelve la cabeza hacia proscenio y queda con los ojos clavados en algún punto no muy lejano del lugar donde Chela y Rulo se abrazan. Ahora, ellos caen sobre la cama. El Rulo descubre la valija).

RULO – ¿Y eso? ¿Qué pasó?

CHELA – La Leo me echó.

RULO – ¿La Leona?

CHELA – ¡Esa puta me echó!

RULO – ¿Cuándo?

CHELA – Apenas te fuiste.

RULO – *(Riendo)*. Tiene miedo.

CHELA – Por tu buzo me echó.

RULO – *(Con una sonrisa)*. ¿Por el buzo?

CHELA – Por eso nomás.

RULO – *(Se pone de pie)*. Así que se hizo la mala. Yo le voy a dar a la Leo.

CHELA – ¿Qué vas a hacer?

RULO – Quedate quietita, no te muevas.

CHELA – ¿Adónde vas?

RULO – Andá desnudándote porque cuando vuelva vamos a festejar.

CHELA – ¿Festejar qué?

RULO – Vos no te vas de acá. Te quedás a trabajar con la señora.

CHELA – ¿Qué decís?

RULO – Esperame. Ya vuelvo.

(Sale y camina unos pasos en el mismo momento en que Leonor se aleja de Agustín. Se desplaza lentamente en dirección a Rulo que al verla se detiene y la espera, inmóvil).

LEONOR – *(Para sí)*. Ya no me importan tus cartas, Agustín. Ya no me importa nada.

AGUSTÍN – *(En voz baja, relee las líneas que ha escrito)*. “Querido amigo: Pido perdón por mi silencio. Recibí tus cartas, pero no pude contestarlas. No sé por qué te estoy escribiendo esta noche. Todo va bien y es un día como otros...” *(Deja caer la lapicera. Sus manos arrugan el papel. Rulo y Leonor han quedado frente a frente)*.

RULO – Conocés mis horas, ¿eh?

LEONOR – Sí.

RULO – Chela no quiere irse. *(La toma de una mano)*. Vení.

LEONOR – ¿Qué hacés?

RULO – Vení al garaje y quedate quieta en algún rincón.

LEONOR – ¡No!

RULO – ¿Adónde ibas, entonces? *(La arrastra)*. ¡Vení! Yo quiero que estés ahí, mirando, ¿entendés? Porque hoy vas a mirar, pero algún día me vas a pedir que te haga lo mismo que a Chela.

(La arrastra hacia el proscenio. La suelta en una zona de penumbra, mientras él avanza hacia la Chela).

CHELA – ¿Volviste?

RULO – A festejar.

CHELA – ¿Hablaste con la Leo?

RULO – *(Mientras la besa)*. Es una señora la Leo. Dice que te quedes. Que te perdona.

CHELA – ¿De veras?

RULO – ¿No merezco premio?

(Se revuelcan en la cama, mientras ambos ríen. Leonor continúa inmóvil, contemplándolos. En el living, Agustín ha comenzado a inclinarse hasta apoyar su cabeza sobre la mesa. Un brazo cuelga a un lado de su cuerpo y su mano aprieta la hoja de papel carta. De pronto, se escucha un grito terrible. Todas las luces comienzan a bajar gradualmente hasta la oscuridad total. Un haz ilumina el rostro de Pilar, contraído por el dolor y la angustia, mientras se hamaca furiosamente en su sillón).

PILAR – *(Mientras gime y grita)*. ¡Ay... los gusanos! ¡De nuevo los gusanos en mis piernas! ¡Ay... que mis piernas no son manzanas! ¡Ay... que mastican mis venas, mis huesos!, ¡que suben hasta mi vientre! *(Un alarido. Se agita y se encoge mientras lleva las manos a su vientre)*. ¡Ay... mis hijos!...

(El haz se apaga y sólo se escucha unos instantes el chirriante vaivén del sillón hamaca. Oscuridad).

(Las luces vuelven a encenderse en el ámbito familiar. Pilar y Leonor están tomando el té. Leonor tiene zapatos rojos).

PILAR – Ya no es como antes el *five o'clock tea*.

LEONOR – Creo que oí eso alguna vez.

PILAR – Ahora ya no mandás comprar mermelada.

LEONOR – Dijiste que estabas harta de dulces.

PILAR – ¿Yo dije eso?

LEONOR – “Quiero tostadas con manteca”, dijiste.

PILAR – Sin mermelada son un asco. No dije que la eliminaras para siempre.

LEONOR – Ya no sé qué hacer contigo.

PILAR – ¿Y con la Chela?

LEONOR – Bueno... creo que se va.

PILAR – ¡Ella sí no sabe qué hacer!

LEONOR – ¿Cómo?

PILAR – Dice que vos le prometiste al Rulo dejar sin efecto la sentencia.

LEONOR – ¿Habló contigo?

PILAR – Le dije que yo no tenía poderes para apelar.

LEONOR – Estuvo llorándote un rato.

PILAR – Sí. No quiere rodar de casa en casa ahora que va a ser madre.

LEONOR – Inventó una historia lacrimógena, ya veo.

PILAR – No creo que haya inventado nada.

LEONOR – ¿Va a tener un hijo del Rulo?

PILAR – “Llorás pero dejaste que te lo hiciera, ¿eh?”, eso le dije. “¿No sé quién te va a querer con un hijo!”

LEONOR – No voy a echarla.

PILAR – *(Una pausa. La mira)*. Creo que revocar la sentencia ahora es un gran error.

LEONOR – No te entiendo.

PILAR – ¿Qué vamos a hacer con un niño?

LEONOR – Nada. Supongo que tratará de buscarse otro empleo después del parto.

PILAR – Sí; de dactilógrafa, ¿no?

LEONOR – Hay instituciones que se ocupan de muchachas en su estado.

PILAR – Arruinó su vida. Y para peor, dicen que el Rulo tiene otros hijos por ahí.

LEONOR – ¿Dicen? ¿Quién lo dice?

PILAR – Bueno..., vino la Lila a buscar una ropa que vos le diste. Estuvimos charlando un poquito.

LEONOR – Me imagino.

PILAR – Intercambio de información necesario en algunas circunstancias.

LEONOR – Para tu diario local, siempre dispuesto a brindar una información actualizada y veraz.

PILAR – *(Con una risita)*. Lástima que sólo tenga un par de lectores: vos y Agustín.

LEONOR – Con ellos te basta, ¿eh? *(Se pone de pie. Va hacia el foro)*.

PILAR – No. Pero algo es algo. Nada más que ustedes pueden acusarme de ser tendenciosa. *(Una pausa. Sin volverse)*. ¿Cómo está mi jardín? ¿Cómo están mis queridas plantas, Leonor?

LEONOR – El jardín no existe, Pilar.

PILAR – ¿No existe?

LEONOR – Vos sabés bien: matorrales y yuyos, nada más.

PILAR – *(Tratando de reprimir su rabia)*. Es cierto. Tu información es exacta.

LEONOR – Deberíamos prender alguna luz. Cada vez oscurece más temprano.

PILAR – *(Burlona)*. ¿Preferís los matorrales, Leo?

LEONOR – Prefiero las rosas té, las anémonas, los filodendros y las kentias. Pero están muertos.

PILAR – Te gusta contemplar los matorrales... apenas empieza a oscurecer.

LEONOR – *(Mientras prende una luz)*. Apenas nos vemos las caras.

PILAR – Estábamos mejor sin luz. Tus zapatos van a dejarme ciega.

LEONOR – Me gustan estos zapatos.

PILAR – Son chillones y no combinan con nada.

LEONOR – Me los puse una sola vez con un sofisticado vestido rojo. Una noche en la que bailé mucho, no sé dónde... en una terraza, creo, y no con Agustín.

PILAR – Siempre me recordaste a la niña del cuento. Papá me lo leyó una única vez y yo nunca pude olvidarlo. La niña, después que eligió las zapatillas rojas, comprendió el error, pero ya estaba agotada de correr y bailar... y cuando alguien amputó sus pies, ellos siguieron su frenética carrera lejos del cuerpo de la niña.

LEONOR – *(Burlona)*. Ahora me explico alguna de tus pesadillas.

PILAR – Vos sos igual.

LEONOR – Yo no conozco esos cuentos, Pilar. Nadie se ocupó de leérmelos.

PILAR – Hicieron mal. Todos los cuentos tienen una enseñanza, tesoro.

LEONOR – El único cuento que recuerdo empieza con sol y risas, un día de vacaciones, con papá jugando conmigo en el jardín, y termina esa noche, con llantos y papá muerto después de un infarto. Dos años después le tocó a mamá.

PILAR – Y vos te prendiste de Agustín.

LEONOR – ¿Qué me dejaron esas muertes, Pilar? ¿Qué tenía que aprender?

PILAR – *(Con cierta burla)*. A vivir, supongo.

LEONOR – *(La mira, como si descubriera algo dentro de sí misma. Luego dice:)* Todavía estoy a tiempo.

PILAR – Elegiste mal. Tendrías que haber echado mano a un vestido rojo y no a Agustín.

LEONOR – *(A Pilar, lentamente)*. Siempre tuve miedo, es cierto. El miedo hizo que me quedara al margen de la vida. Hice una mala elección al optar por Agustín, por la rutina familiar, por el aburrimiento. Los hijos pudieron salvarme, pero tuve miedo. Cuando él quiso tenerlos, tuve que empezar a mentir. La verdad es que fui al médico para que anudara mi útero o me castrara como a una perra. Tenía miedo de morirme como mis padres, en medio de un parto. Tenía miedo de que

mi corazón no resistiera. Por eso inventé la historia de mi esterilidad. ¿Para qué correr riesgos? Estaba tan angustiada y fue todo tan simple... Un pequeño tapón de plástico puso fin a las angustias de esta botella.

PILAR – *(Grita)*. ¡Agustín! ¡Agustín!

LEONOR – *(Con cierto cansancio)*. Es inútil que grite. No está.

PILAR – *(Casi para sí)*. No va a creerme. A mí no va a creerme.

LEONOR – Creo que ya no importa descubrir la verdad.

PILAR – ¿Por qué?

(Entra Chela, con su delantal).

CHELA – ¿Llamaba la señora?

LEONOR – La señora Pilar quiere sus pastillas.

PILAR – Antes llevá estas cosas.

(Chela se acerca a recoger la bandeja con las tazas sin mirar a Leonor).

PILAR – Despacio y con cuidado. No tenés por qué temblar. Ya está todo arreglado, Chela. La señora Leonor decidió darte una nueva oportunidad.

CHELA – Gracias, doña Pilar.

PILAR – No tenés nada que agradecerme. El trabajo lo hizo el Rulo.

CHELA – ¿Cómo?

LEONOR – *(Rápida)*. Vino a verme. Me explicó la situación en que estás.

CHELA – ¿Le contó todo?

LEONOR – Sí. Por ahora podés quedarte, después vamos a hablar.

CHELA – Gracias, señora Leonor.

(Sale lentamente con la bandeja. Un silencio).

PILAR – Estoy harta de vos, Leonor.

LEONOR – ¿Y yo?

PILAR – Ya no tengo ganas de jugar. Estoy harta de tus mentiras.

LEONOR – ¿Acaso no mentías cuando jugabas?

PILAR – *(Con indisimulada furia)*. ¡No quiero jugar más! ¿Entendiste, Leo?

LEONOR – *(Dura)*. Yo también estoy cansada de jugar contigo.

PILAR – *(Después de una breve pausa)*. ¿Y por qué no te vas?

(Un silencio. Leonor la mira. Enciende un cigarrillo).

LEONOR – *(Muy bajo)*. A veces sueño con eso. Sueño que me voy muy lejos, a un lugar tranquilo y solitario, lleno de pinos y muy cerca del mar.

PILAR – Y un príncipe azul, de barba negra, hace parar la carroza en la puerta de tu casita de troncos.

LEONOR – Estoy sola, en medio de los pinos. Y a veces corro por la playa sin buscar a nadie.

PILAR – Y a veces te metés en la carroza y te encontrás con que el príncipe sólo tiene puesta la barba. Y entonces, con la carroza en marcha, en medio del vaivén del viaje, empieza el otro vaivén, *(Una*

risita) y el príncipe le grita al cochero que no se detenga, y él tampoco se detiene. Sigue y sigue hasta hacerte llorar.

LEONOR – *(Se vuelve, mira a Pilar)*. Ese príncipe es tuyo.

PILAR – *(Casi para sí)*. ¿No existen los príncipes, Leo? Yo creía en los príncipes hasta que... ¡Ay, mis piernas!

LEONOR – Sí. Existen los príncipes, Pilar. Los tuyos se acercan por las noches con sus carrozas negras y sus manos huesudas. Los tuyos, Pilar, están cansados de venir a buscarte y adornar la carroza con flores blancas.

(Pilar lanza un nuevo gemido y comienza a sollozar. La luz decrece).

LEONOR – ¿Que hacés acá, Pilar? ¿Por qué te quedás? ¿Querés jodernos un poco más?

PILAR – *(En un susurro)*. Sos una puta. Hablás como una puta.

LEONOR – No me gusta hacerte llorar. Después tenés malos sueños y gritás como una loca.

PILAR – Voy a contarle a Agustín.

LEONOR – Contale todo.

PILAR – *(La mira con desconcierto. Luego gime. Lleva las manos a sus piernas. Las masajea)*. ¡Ay... maldita noche! Apenas desaparece el sol, empieza... Porque el dolor crece en la oscuridad, yo lo sé; crece y crece con las sombras...; toda la casa llena de miedo y de dolor... ¡Y no para, carajo!, ¡no para! Y cuando sale la luna con su cara hipócrita, sigue creciendo. La luz mala lo hace crecer... y entonces, desaparecen los príncipes, aunque yo me empeño en recordarlos... y pienso en los cuentos de papá y tampoco me acuerdo de nada. Todo se borra. Quiero acordarme de cómo fue la primera vez que gocé con Agustín; cómo fue aquella noche, después que perdí mi virginidad y Agustín me hizo gozar como yo creí que sólo lo hacían las putas.

(Entra Chela con las pastillas y un vaso de agua).

LEONOR – *(Mientras Pilar bebe)*. Creo que hoy está peor que nunca.

CHELA – ¿Qué le pasa, doña Pilar? ¿Quiere acostarse ya?

PILAR – Llévame... Llévame. *(Se apoya en Chela y se pone de pie. Se va a desplazar lentamente hasta el sillón hamaca de proscenio)*.

CHELA – ¿Le duelen mucho las piernas?

PILAR – No quiero acostarme. Voy a esperar a mi príncipe en mi sillón.

CHELA – Hamáquese un ratito y va a ver cómo se duerme.

PILAR – No quiero dormir. Quedate aquí conmigo y contame cuentos.

CHELA – ¿Cuentos?

PILAR – De hadas, de castillos encantados.

CHELA – *(Simplemente)*. No sé... no sé contar cuentos.

PILAR – Entonces, dame tu mano, Chela.

(Chela toma la mano de Pilar. En el living, Leonor camina hacia foro. Entra Agustín con su portafolios).

AGUSTÍN – Hola. ¿Alguna novedad?

LEONOR – Todo igual. ¿Y vos?

AGUSTÍN – Poco movimiento en el estudio.

LEONOR – Eso no es novedad.

AGUSTÍN – Con todo, apareció alguien de mañana. La señora de Bruno. ¿Te acordás?

LEONOR – ¿Clara?

AGUSTÍN – Pescó a Jorge in fraganti... con la empleada.

LEONOR – ¿Quiere divorciarse?

AGUSTÍN – Sí, está decidida.

LEONOR – Conozco a Clara. Debe sentirse humillada. Le hubiera perdonado de haberlo encontrado con una de sus mejores amigas.

AGUSTÍN – (*Sonríe*). ¿Qué voy a hacer cuando se agote la lista de amigos? (*Va hacia el bar*). ¿Y mamá?

LEONOR – No quiso quedarse a contarte la pelea de hoy. Estaba un poco dolorida.

AGUSTÍN – Estoy preocupado. No sé si esos dolores son reales o producto del miedo.

LEONOR – ¿Qué importa? Para ella existen y por eso grita.

AGUSTÍN – Voy a verla.

LEONOR – Esperá. (*Toma el diario. Se lo tiende*). Va a pedirte que se lo leas, como siempre.

AGUSTÍN – Gracias.

(Va hacia proscenio. Leonor vuelve a foro; queda inmóvil, de espaldas al público, en actitud de espera. Agustín ha llegado junto a Pilar; se arrodilla a su lado).

AGUSTÍN – ¿Qué pasa, mamá? ¿Otra vez se puso mimosa?

PILAR – Al fin llegaste.

AGUSTÍN – ¿Me extrañaste mucho?

PILAR – ¿Es de noche todavía?

AGUSTÍN – Sí.

PILAR – ¿Qué hora es?

AGUSTÍN – Temprano. Caperucita puede cruzar el bosque sin miedo.

PILAR – Mentís. A esta hora se la come el lobo.

AGUSTÍN – Aquí está el guardabosque pronto para salvarla.

PILAR – El lobo ya la masticó.

AGUSTÍN – Los lobos tragan sin masticar. Le abro la barriga y en un santiamén recuperamos a nuestra heroína.

PILAR – El lobo se comió todo... la cesta con frutas... todo. Se tragó los recuerdos.

AGUSTÍN – Caperucita no tiene recuerdos. Es una niña.

PILAR – Sí... Los juegos con sus amigos, la sonrisa de sus padres, la cara de su muñeca preferida... Todos tenemos recuerdos, sabés bien.

AGUSTÍN – No existen los lobos.

PILAR – ¿Estás seguro?

AGUSTÍN – ¿Por qué voy a mentirte?

PILAR – No sabés los monstruos que aparecen con las sombras.

AGUSTÍN – No tengas miedo, el sol los destruye.

PILAR – El sol nos da la espalda y ellos aprovechan para atacar.

AGUSTÍN – ¿Te atacaron esta noche?

PILAR – No, pero están ahí, yo sé. Los demonios tienen mil formas diferentes.

AGUSTÍN – Chela va a quedarse contigo, va a montar guardia aquí. ¿Verdad, Chela?

CHELA – Sí, señor Agustín.

AGUSTÍN – ¿La oíste? Ella sabe espantar demonios.

CHELA – Con una oración a María Santísima, mi protectora.

PILAR – ¿Una oración es suficiente?

CHELA – Sí, doña Pilar.

PILAR – *(Algo agitada)*. Qué lucha sin sentido...

AGUSTÍN – ¿Por qué, mamá?

PILAR – Nada sirve. Descubrí de pronto que los recuerdos no sirven; que acumulás momentos inútiles, nada más. *(Llora silenciosamente)*. Creo que por eso quemé el álbum rosa.

AGUSTÍN – *(Mientras pasa un pañuelo por el rostro de Pilar, secando su transpiración)*. Tenés fiebre. ¿Te duelen mucho las piernas?

PILAR – Sí... ¡Qué gran sinsentido el dolor, los recuerdos...! ¿Para qué tantos afanes? ¿Qué va a quedar de nosotros después que vos me sigas?

AGUSTÍN – No pienses en eso.

PILAR – Nada. No va a quedar nada.

AGUSTÍN – ¡Qué importa!

PILAR – *(Acusa en su rostro el dolor físico)*. ¡Ah...! Si hubieras tenido valor para engañarla... si algún niño estuviera corriendo ahora, en este mismo momento, entre el polvo y los matorrales...

AGUSTÍN – Lo hice, mamá. La engañé muchas veces. La engañé y por algún tiempo fui feliz.

PILAR – *(Esboza una sonrisa)*. ¿Fuiste feliz, Agustín?

AGUSTÍN – Quise abandonarla, y sin embargo...

PILAR – Ya sé. Mis cuentos te confundieron. Yo tengo la culpa. Mis cuentos te escondieron siempre la realidad.

AGUSTÍN – *(Muy bajo, mientras acaricia sus manos)*. No supe qué hacer, no pude luchar. Y sin embargo, alguna vez supe luchar; en mis épocas de estudiante defendía cosas que consideraba sagradas. “Sos demasiado idealista”, me decías.

PILAR – *(Murmura)*. Los gusanos malditos todo lo devoran. Un título, la pasión, las ganas de pelear por algo...

AGUSTÍN – *(Mientras la acaricia)*. Estoy viejo, mamá. Ya no puedo retener a mis clientes, es cierto. No puedo, porque ya no creo en las leyes que utilizo para defenderlos..., y el dinero no me interesa. Ya nada me interesa.

(Un silencio. Se escucha el chirriar del sillón hamaca).

PILAR – Vamos, Agustín. Léeme algo. Pronto, que no quiero pensar.

(Agustín abre el diario y las luces comienzan a decrecer al mismo tiempo que se vuelven más intensas en foro. Allí se tiñen de reflejos verdosos que provienen del jardín y que se proyectan

sobre la silueta del Rulo, que ha llegado caminando lentamente, con un cigarro consumiéndose entre sus labios. Rulo cruza el jardín. Da un rodeo para llegar a proscenio mientras Leonor registra con sus ojos los desplazamientos de éste. Luego, ella va a su encuentro).

RULO – ¿Sabías que vendría, eh?

LEONOR – ¿Por qué?

RULO – Conocés mis horas.

LEONOR – ¿Y Chela?

RULO – Dejala quieta.

LEONOR – ¿Por qué?

RULO – Porque vine por vos.

LEONOR – Le hiciste un hijo.

RULO – ¿Es asunto tuyo?

LEONOR – No. Tuyo.

RULO – Yo no lo quería y ella lo sabe.

LEONOR – Tenés que arreglar. La pobre Chela confía en vos.

RULO – *(Con una risita)*. ¿Viniste a hacer beneficencia? *(Una pausa. La observa)*. No. No mientas.

LEONOR – No seas insolente. *(El Rulo la abraza. Leo forcejea. El Rulo consigue besarla. Leo se somete con gozosa sumisión)*.

RULO – A vos no te importa Chela... Y a mí tampoco, ¿sabés? No duermo desde aquella noche en que descubrí en el garaje...

LEONOR – *(Muy bajo)*. No puedo más, Rulo...

RULO – ¿Qué decís?

LEONOR – Quisiera estar en otro lugar, contigo.

RULO – Yo sé. Por eso vine a buscarte.

LEONOR – *(Balbucea)*. Quiero irme... necesito irme de esta casa.

RULO – *(La abraza)*. Conmigo... en mi moto nueva. Volando, como si estuviéramos sobre un caballo con alas. Los dos, Leo.

LEONOR – Contigo... *(Con una risita)*. Aunque después termine como en las novelas, en una dudosa casa de pensión, sola y con visitas...

RULO – *(Muy bajo)*. Yo sé cómo vas a terminar.

LEONOR – ¿Cómo?

RULO – En mi cama.

LEONOR – *(Ahora una risita)*. ¿El Rulo me quiere así?

RULO – Antes de que seas un fantasma.

LEONOR – *(Lo abraza repentinamente, casi con temor)*. ¡Rápido! ¡Vamos ya! ¡Llévame lejos, lejos! ¡No me sueltes hasta que la casa haya desaparecido! ¡No me sueltes, Rulo! *(Ahogada)*. ¡Llévame! ¡Rápido... que tengo miedo de morirme! ¡No puedo más! ¡Quiero vivir...!

(El Rulo la arrastra mientras las luces se encienden sobre Pilar, Agustín y Chela).

PILAR – *(Mientras gime, dolorida)*. No leas más. Andate, Agustín; no quiero que me veas así.

AGUSTÍN – Los gusanos no existen, mamá. Vos los imaginás.

PILAR – ¿No existen? *(Su rostro se contrae de dolor)*. ¿Estás seguro?

AGUSTÍN – Es la verdad.

PILAR – Nunca supiste descubrir la verdad. Siempre te engañaron, Agustín.

AGUSTÍN – No tengas miedo, mamá.

PILAR – *(Grita)*. ¡Andate! Por favor, ¡andate!

(Un silencio. Agustín mira a Chela).

CHELA – Yo me quedo. Vaya nomás, señor Agustín.

PILAR – *(Agustín se retira lentamente)*. ¿Nunca miraste a la Leo, Agustín? Tiene los párpados pesados y a veces mira con los ojos entornados, como los condenados de Dante. *(Algo agitada, con una risita)*. La Leo ya está condenada. Va a caer en el remolino infernal. *(Gime)*. ¿Estás ahí, Chela?

CHELA – Sí, doña Pilar.

PILAR – Vos tenés que salvarte.

CHELA – ¿Salvarme?

PILAR – Del Infierno. ¿Porque vas a tener ese hijo, no?

CHELA – Sí, doña Pilar.

PILAR – Y también de esta casa. Traé tu ropa aquí y quedate conmigo. *(Un silencio)*. ¿Estás ahí? ¿Por qué no hablás?

CHELA – Oí un ruido. Una moto al ponerse en marcha, creo.

(Las luces se apagan gradualmente. Oscuridad. Vuelven a iluminar el mismo ámbito. Pilar se encuentra en el mismo sillón, inmóvil, algo despeinada, con la mirada perdida. Chela sirve té en una taza con florcitas. Lila está a su lado).

LILA – ¿Y tenés que darle de comer en la boca?

CHELA – Sí.

LILA – ¿Y cambiarla?

CHELA – Sí.

LILA – ¿Cuándo le dio el último ataque?

CHELA – Hace una semana más o menos, pero el peor fue hace un mes, cuando supo que la Leo se mandó mudar y vio cómo se ponía el señor Agustín.

LILA – Así que ya pasó un mes. Y del Rulo nunca más se supo... *(Una pausa)*. ¿Qué pensás?

CHELA – *(De mal modo)*. Desapareció. Desaparecieron juntos. ¿Qué querés que piense?

LILA – Bueno, no vayas a llorar, que si la vieja te ve, enseguida te acompaña.

CHELA – Leona la llamaba. *(Con bronca, más bajo)*. ¡Yo lo conozco bien!

LILA – ¡Si será hijo de puta! ¡Entreverarse con esa yegua y plantarte a vos así, en ese estado! *(Se acerca a Pilar que ahora dormita, cabeceando, en su sillón)*. ¿Cómo anda, doña Pilar? ¿Mejorcita?

(Pilar abre los ojos. La observa y no contesta).

LILA – ¿No tiene ganas de hablar? ¿Está enojada?

(Chela se acerca a Pilar con una taza. Le toma una mano).

CHELA – Aquí está mamá con su tecito.

(Pilar la mira sin expresión alguna).

CHELA – Es la hora del té. La hora sagrada, doña Pilar. ¿Verdad que va a tomar unas cucharaditas?

(Le acerca la cuchara a la boca. Pilar no abre los labios).

CHELA – Siempre gritándole a Chela: “Aprontá el té para las cinco”, y ahora resulta que no quiere tomarlo.

(Pilar balbucea algo ininteligible).

CHELA – Sí, yo soy mamá. Ahora tome dos o tres cucharaditas.

(Pilar cierra la boca otra vez. Chela suspira con cansancio. Se aparta de ella. Coloca la taza nuevamente sobre la mesita. La Lila la sigue).

LILA – Tenés una paciencia vos...

CHELA – Se va a morir si sigue así.

LILA – ¿Y vos? ¿No te hace mal moverla de un lado a otro?

CHELA – No pesa nada.

LILA – ¿Y qué vas a hacer cuando sientas los dolores?

CHELA – Ir a la Maternidad.

LILA – Me vas a buscar enseguida, ¿sabés? Tocás el timbre a la hora que sea o, si no, me gritás desde la puerta. Yo tengo el sueño livianito.

CHELA – Es linda la Maternidad. Cuando acompañé a la Rosalía, la de los Gómez, salimos amigas de todas. Algunas mujeres llevaban tortas y fruta, y nos pasábamos las horas contándonos cosas.

LILA – Yo hago una torta... y si es varón festejamos con vino del que guarda la señora en el sótano.

CHELA – *(Sonríe)*. ¡Ojalá sea varón!

LILA – ¿Y si te ofrecen plata?... Dos millones le dieron a la Nelly.

CHELA – No lo vendo.

LILA – Sos caprichosa. Vivís tranquila y el gurí no pasa necesidades. *(La mira)*. Bueno, no me mates; aguantá el chaparrón después.

CHELA – De alguna manera me voy a arreglar.

LILA – *(Se acerca a Pilar)*. Creo que se volvió a dormir. ¿Por qué no me acompañás hasta la esquina?

CHELA – ¿Y si se despierta y se pone a gritar?

LILA – Qué lotería sacaste.

CHELA – Llévate estos bizcochos. Me sobraron una cantidad.

LILA – ¿Son caseros?

CHELA – Claro, los hice para el té, pero ella no come nada. *(Los envuelve en una servilleta. Se los da)*. Eso sí, después me traés la servilleta. No te olvides.

LILA – *(Con una risita)*. Parecés la patrona ahora. ¡Chau!

(Lila sale rápidamente. Las luces decrecen. Chela se sienta a tomar el té y a comer bizcochos. Entra Agustín: tiene el rostro sombreado por una barba incipiente; la camisa abierta, sin corbata; no trae portafolios, pero sí el diario. Va hacia Pilar y se detiene un momento a observarla. Luego se acerca a Chela).

AGUSTÍN – ¿Cómo se portó?

CHELA – Bien.

AGUSTÍN – ¿No tuvo dolores?

CHELA – No.

AGUSTÍN – Dame un bizcocho.

(Chela le tiende el plato. Agustín toma un bizcocho y luego va hacia el bar. Se sirve).

AGUSTÍN – *(Mientras bebe)*. Prefiero mi té.

CHELA – Se va a enfermar.

AGUSTÍN – ¿Alguna novedad?

CHELA – Nada.

AGUSTÍN – ¿Ninguna carta?

CHELA – Ninguna.

AGUSTÍN – ¿Qué puede pasar aquí, en medio de la selva?

CHELA – *(Después de una pausa, observándolo)*. Señor Agustín... no se abandone. Tiene ropa limpia en su cuarto.

AGUSTÍN – *(Molesto)*. ¿Qué hacés acá? ¿Qué hacés, Chela, pegada a una vieja chillona y a un tipo con olor a sudor?

(Una pausa. Va hacia Pilar. Le toma una mano. Ella abre los ojos).

AGUSTÍN – Traje el diario. ¿Te leo las noticias, mamá? ¿Querés saber lo que pasa en este mundo de mierda?

(Despliega el diario. Pilar lo observa, inmutable).

AGUSTÍN – Escuchá: “Alerta mundial: laboratorio espacial se precipita a tierra y aún no se sabe dónde caerá.” *(Con una risita burlona)*. Es una buena noticia. ¿Verdad, mamá? ¿Quién esperaba esta ayudita del cielo? “Se estudia la evolución de la inflación”. Hum... no parece una noticia muy nueva. “Demoliciones: hay empresas que realizan hasta diez obras al mismo tiempo”. *(Nueva risita)*. ¿Ves mamá? No vamos a darles trabajo. Cuando lleguen acá sólo van a tener que soplar. *(Vuelve a leer)*. “Se encontró esta madrugada cuerpo de una mujer” *(Breve pausa, continúa leyendo con menor rapidez)*. “Las autoridades policiales procuran identificar el cadáver e investigan las causas que determinaron la muerte de la mujer cuyo cuerpo fue encontrado en un terreno baldío de los suburbios de esta ciudad. El cadáver se encuentra en total estado de descomposición, lo que dificulta el peritaje del forense para determinar las causas de su deceso. Empero, se había establecido que se trataba de una persona del sexo femenino, de 1.70 de estatura, cabellos castaños, vestido gris... y zapatos rojos... cuya muerte data de más de quince días. *(Una pausa. Mira a Pilar)*. ¿Oíste, mamá?

(Chela en foro, se lleva las manos a la cara con expresión de espanto).

AGUSTÍN – Zapatos rojos. *(Muy bajo. Casi para sí)*. Es ella: Leonor.

(Se aparta de Pilar y va hacia el bar. Se sirve. Pilar comienza a gemir).

AGUSTÍN – No grites, mamá. Con ella se hicieron una fiesta los gusanos. A vos no van a hacerte nada todavía.

PILAR – *(Gime temblorosa)*. ¡Gusanos...! ¡Gusanos...!

CHELA – *(Con las manos unidas, muy bajo)*. Bendito sea Dios,
bendito sea su Santo Nombre,
bendito sea Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre,
bendita sea María Santísima,
bendita sea su Santa e Inmaculada Concepción,
bendito sea el nombre de María, Virgen y Madre,
bendito sea San José,
bendito sea Dios en sus ángeles y en sus santos.

(Las luces decrecen gradualmente mientras se ilumina el proscenio. El Rulo aparece caminando lentamente. Entra en la zona del garaje; se sienta sobre el cajón de verdura que oficiaba de mesita de luz y arma un cigarrillo. De pronto, Chela se pone de pie; corre hacia el proscenio y se queda inmóvil al descubrir al Rulo).

RULO – ¿Viste un fantasma?

CHELA – ¡Grito! ¡Si no te vas, grito!

RULO – ¿Así me recibís?

(Va hacia ella, la abraza. La Chela se queda muy quieta, se abandona).

RULO – ¿Por qué no estás acá?

CHELA – Me mudé para la casa.

RULO – No digas.

CHELA – Esto se cae, parece.

RULO – ¿El cornudo te invitó a mudarte?

CHELA – ¿Por qué desapareciste?

RULO – *(Se encoge de hombros)*. Tuve ciertos negocios.

CHELA – Decí la verdad.

RULO – No estaba preso, si eso pensás.

CHELA – ¿Y la Leo?

RULO – *(Con una risita)*. Bien, gracias.

CHELA – No te rías. ¿No le hiciste nada?

RULO – *(Vuelve a reír)*. Bueno, nada es un decir.

CHELA – Apareció un cuerpo. El diario dice que... no se puede saber quién es..., pero es una mujer y tiene zapatos rojos.

RULO – ¿Y yo qué tengo que ver? ¿Estás loca, vos? Me gusta la joda, pero de ahí a... ¡No, che! A mí la Leo me plantó después de aquella noche. Me dijo *chau*, me regaló un poco de guita — ¡me la

regaló, te lo juro!— y dijo que se iba a tomar un avión. Quería volar lejos, dijo, como un pájaro, adonde vuelan todas estas pitucas. París, Roma o algo así.

CHELA – ¿Eso dijo?

RULO – Tenía plata la Leo, porque ella sacaba de la caja de los gastos mes a mes. Dijo que así había ahorrado para viajar.

CHELA – ¿Qué más dijo?

RULO – Nada. Se fue y nunca más la vi. Ahí se termina el cuento.

CHELA – ¿A qué viniste?

RULO – ¿Qué preguntás? No digo..., ¡estás loca vos! ¡A buscarte vine!

CHELA – ¿A buscarme?

RULO – Conseguí una pieza.

CHELA – ¿De dónde sacaste la plata?

RULO – Me deshice de la moto.

CHELA – *(Lo abraza)*. ¿Por qué tardaste tanto, Rulo?

RULO – Pero vine, ¿no? Más vale tarde que nunca. Bueno, ¿qué esperarás? ¡Hacé la valija! ¡Dale!

(Se ilumina el ámbito familiar. Agustín va hacia su escritorio, revuelve entre sus libros. Toma el sobre de papel avión y lo examina largamente. La Chela entra silenciosamente y se detiene a unos metros de Agustín, sin ser vista por él. Ella no se atreve a hablar. Mira a uno y otro lado y, de pronto, su mirada se detiene en el rostro de Pilar. Entonces, Chela se vuelve rápidamente y huye. Llega al garaje y toma su pequeña valija de cartón. Mete en ella sus ropas apresuradamente).

RULO – ¿No te llevás más nada?

CHELA – Ahí hay un primus. Llevalo. Nos va a servir.

RULO – ¿Y de adentro?

CHELA – Vamos rápido, Rulo. Vamos.

(La Chela tironea de la manga del Rulo. Este hace un gesto mudo, sin comprender. Luego toma la pequeña valija de cartón, el primus, y arrastra a Chela de un brazo fuera de la escena. En el “estar”, Agustín ha empezado a escribir, mientras Pilar deja escapar un extraño gemido que a veces se confunde con su respiración).

AGUSTÍN – “Querido amigo: Pido perdón por mi silencio. Recibí tus cartas pero no pude contestarlas. No sé por qué te estoy escribiendo esta noche. Todo va bien y es un día como otros.” *(Levanta la cabeza. Tacha lo que acaba de escribir)*. No, no sirve de nada mentir. No quiero mentirte. *(Vuelve a escribir)*. “Todo va mal. Mi vida es monótona y sin sentido. Me aburro en el estudio esperando a clientes que nunca llegan. En casa la rutina diaria se altera por algunos desprendimientos del cielorraso. La casa se parece cada vez más a mamá: gime algunos días, escupe ladrillos y revoque, pero nunca se derrumba totalmente. Ahora escucho ruidos... creo que una pared del garaje se está viniendo abajo. Pienso que esto no va a durar mucho más. Mamá y la casa son una misma cosa. Leo ya no está con nosotros. Es una larga historia que algún día te contaré. Creo que poco a poco estamos empezando a ser libres. Por eso voy a estar ahí muy pronto... y vamos a charlar largamente, como antes, recordando nuestra época de estudiantes.” *(Repite para sí, dándose valor)*. ¡Muy pronto, vas a ver! ¡Muy pronto!

(La música estalla en extrañas disonancias, mientras las luces decrecen gradualmente hasta la oscuridad total).